

drían hasta eclipsarlo ó proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes ; mas, ¿ cómo lo arrancarían de las páginas de la Historia ? El pueblo al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre que llena de uno á otro extremo sus páginas más brillantes.

Hay glorias que no se eclipsan, y hay que sufrir su tremendo resplandor.

El sol es el encanto de las águilas y el martirio de los buhos.

Así pasa con el resplandor de ciertos nombres en la Historia. Morazán es uno de ellos.



MANUEL MURILLO TORO

Qué época ! Qué generación ! Qué hombres !  
Era una como flora gigantesca y extraña abriéndose en la sombra.

Tenían la virilidad, la fuerza, el heroísmo de los grandes novadores.

La elocuencia, el talento, la virtud, todo residía en ellos. Los apellidaron los *Gólgotas*.

Antes de ellos, el liberalismo había sido un ensayo débil, pálido, confuso, herido por el milita-



rismo ó arrebatado por la negra y furiosa ola conservadora.

Todos venían de abajo, de la sombra, del pueblo. Cunas humildes de lejanos puntos del país los habían mecido; sangre de campesino, sana y robusta, circulaba por sus venas; vientos de nuevas y generosas ideas soplaban sobre ellos; ideales luminosos, sublimes utopías llenaban sus cerebros, y con la piqueta demoledora y el verbo sublime de las grandes revoluciones escalaron la cima para anunciar al pueblo la buena nueva.

El partido conservador imperaba omnipotente. Fundado por el General Bolívar para sostener su dictadura, los conservadores, como los leones de la Libia que se escudan con las reverberaciones del sol, para no ser vistos, se amparaban con las glorias del héroe inmortal para dominar la República.

Generales mediocres y políticos rutinarios ocupaban la cima y formaban un olimpo grotesco. El pueblo, embrutecido por la ignorancia y dominado por el sacerdocio, no pensaba ni vivía vida intelectual.

Todo era sombra en el horizonte.

Santander había muerto.

Francisco Soto, Vicente Azuero, habían caído también.

Habían pasado los fundadores, los apóstoles.

Entonces apareció este partido, el más generoso,

más ilustre, más trascendental, más completo de cuantos han pasado por el escenario de la política colombiana.

Los que vinieron luego y los que hemos llegado últimos, encontramos ya fácil y hacedera la tarea, abierto el sendero, iluminado el horizonte.

Ellos lo habían creado todo, despertando la conciencia nacional, formando el espíritu público, trabajando por la libertad bajo un cielo oscurecido, con un pueblo indiferente cerca al cadalso insaciable.

Allí Ezequiel Rojas, como la sombra de Sieyes, meditadora y grave; Lorenzo M. Lleras, el del apostolado noble; Rojas Garrido, el verbo más elocuente que se haya oído bajo cielo americano; Santiago Pérez, severo y fuerte; J. M. Samper, de tan claro oriente y tan triste ocaso; Ramón Gómez, cuyo acento tenía la penetrante y arrebatadora armonía del clarín guerrero; Januario Salgar; Teodoro Valenzuela; Francisco Javier Zaldúa... Todos los grandes.

Y como condensación de estas energías, de esta virtud, de esta grandeza, la figura pensadora y austera de MANUEL MURILLO TORO.

Tiene la virtud estas raras apariciones en la Historia.

MANUEL MURILLO fué el pueblo colombiano, ilustrado, austero, virtuoso y fuerte.

Jamás pueblo alguno tuvo condensación más pura.



De él puede decirse como de Marco Aurelio, que su vida pública fué la de la virtud puesta en acción.

La biografía de MURILLO es la historia de un partido.

Fué de Santander á hoy el más grande de los hombres de Estado de Colombia.

Un país que ha tenido hombres como éste no puede apostatar de la virtud.

A MURILLO pudiera reputársele como el fundador del periodismo en Colombia.

*El Tiempo* fué su tribuna. Desde aquella cima emprendió la campaña que dió en tierra con el conservatismo. Su vida fué un combate sin tregua ni descanso. Jefe de partido, llevó los suyos al combate y combatió á su lado. El periodismo, el parlamento, la cátedra, el poder, fueron su teatro. Diarista, orador, estadista, diplomático, todo lo fué, con brillo inusitado.

Presidente de la República por dos veces, Ministro de Estado, Ministro Diplomático, holló todas las cimas, ocupó todos los puestos, dejando en pos de sí uno como blanco resplandor de su virtud. En la Historia su figura no deslumbra sino alumbraba.

Faro inmóvil colocado en la peña alta, él iluminó durante veinte años la marcha azarosa de su partido por entre las olas agitadas y los vientos en tormenta.

El hálito de la muerte lo extinguió cuando la sombra era más espesa y la tempestad empezaba á rugir en el espacio.

Entonces comenzó el naufragio, este inmenso naufragio en que pereció la libertad de Colombia.

Desapareció bajo la ola, triste, asombrado y pobre. No alcanzó á ver encallar la nave que iba contra el arrecife...

Al caer en la tumba, desapareció del poder el partido liberal y le sucedió esta lúgubre mascarada, esta *posteridad de las medianías*, esta eflorescencia del lodo, estos poetas trágicos é ineptos, flores de fango abiertas en esta primavera del pantano.

Qué grande se ve la figura del Jefe desaparecido en medio de las ruinas de la patria!

Pensando en él y en su época, se exclama con indignada tristeza:

Qué época! Qué generación! Qué hombres!...





JUAN MONTALVO

Fué la protesta.

Protesta pertinaz, constante, sonora. Golpeó como la ola, se encrepó como el mar, vibró como el trueno, iluminó como el rayo. Como un océano en cólera escupió la saliva de su soberbia sobre las frentes malditas.

Fué el rugido de un pueblo hecho hombre. Cantó y rugió, aleteó como el águila y clavó la zarpa como el león.

Nadie antes de él y nadie después de él ha sabido



sublimizar el dicterio y divinizar el insulto con arte tan admirable y fuerza tan grandiosa. Libertista sublime!

Su anatema se extravasaba como la lava de un volcán y descendía y calcinaba á sus contrarios. Pálidos y miedosos huían los réprobos ante los rayos de aquella cólera cuasi divina.

Al salir de las representaciones de Esquilo, los griegos golpeaban sobre los escudos colgados á las puertas de los templos, gritando : Patria ! Patria !

Acabando de leer á Montalvo, los pueblos y los corazones dignos se golpean el pecho gritando : Venganza ! Venganza !

Él azotó con frase poderosa á esa nidada de cuervos, que posados en el Ecuador infestan la América, con ese olor de fiemo de cárabos que se escapa de su nido.

Tenia la cólera en los labios y la mansedumbre en el corazón.

Era la piedad rugiente.

Era implacable porque era insospechable.

Era puro y fuerte como el cristal de las cavernas profundas. Parecía hecho por la condensación de las lágrimas de un pueblo. ¡ Tanto así era de luminoso y triste ! Su rugido era casi un gemido. Se sentía el mártir bajo el verdugo. Era la misericordia fulminando. Amaba al pueblo con amor trágico.

Es en sus libros soberbio como Ezequiel y sombrío como Isaías ; maldice y profetiza.

Es serio como el Dante, sonríe con ese *ricтус* de Voltaire, que hace indignar á de Maistre, y ríe come Rabelais, con carcajada sonora.

Como aquellos habitantes de Psilos, que aplicaban sus labios á las llagas para curarlas, así aplicaba él los suyos candentes de elocuencia á las llagas morales de su pueblo para salvarlo.

En el Ecuador no ha habido nada más sombrío que sus enemigos y nadie más grande que él.

No ha sido eclipsado, ni igualado todavía.

Yo no conozco nada más noble que luchar, no sé de nada más vil que sufrir sin la protesta.

Los grandes luchadores son los grandes perseguidos.

La persecución es el crisol del genio y es como dijo alguien : *la sombra que hace resaltar la estrella.*

Hombre perseguido, hombre grande.

Luchar es provocar. Ser cima es llamar el rayo.

Desde que se pasan los límites de la medianía, principia el vacío en torno, se hace negro el horizonte, ruge el viento sobre la cabeza sagrada, y se siente vibrar bajo las alas la tempestad tremenda de la envidia.

Juan Montalvo fué el gran perseguido.

Él, y Juan de Dios Uribe, han sido los dos más grandes insurrectos de la América latina.

Cuando se hable de las altas conciencias se volverá á mirar hacia ellos. La multitud puede pasar



sin verlos. La Historia no puede pasar sin contemplarlos.

Y la multitud no hace la Historia.

Los grandes rugidores : he ahí los grandes luchadores.

Los juglares y los eunucos cantan, abanicán á su Señor y le murmuran amores. Las bayaderas cantan y danzan en torno al amo desnudo en su fuente perfumada de nardos y jazmines.

Las almas viriles no cantan ante el mal ; rugen y claman.

¡ Oh no me deis los hombres incensarios, los del canto vil y la lira venal, los neuróticos de Serrallo, escupideras de los poderosos, cojines de su molicie y cantores de sus faltas ! ¡ Dadme á los que los sorprenden pecando y los denuncian rugiendo !

¡ No me deis á Virgilio cantando á Augusto ; no me deis á Horacio servil, de rodillas ante Octavio ; á Ovidio llorando entre los Sármatas y besando la mano de Tiberio ; á Séneca cobarde ; á Veleyo Patérculo ruín ; á Luciano menguado ; á Quintiliano paniaguado de Dionisio ; á Eustasio bajo ; á Marcial vil !

¡ Dadme á Suetonio sorprendiendo á César epiléptico y pálido, con liviandades de hembra y huellas de adulterio ; tomando por el cuello á Calígula, pálido el día del crimen ; á Tácito desnudando á Eporo, revolcando el rostro de Nerón en las entrañas palpitantes de su madre, sorprendiendo á Do-

miciano en el incesto y desgarrando la púrpura que cubre la lepra de Tiberio !...

¡ Oh no me deis esas almas hechas para el triclinio y no para el Circo, séres más despreciables que los efebos, porque la corrupción del alma es más vergonzosa que la del cuerpo !

¡ Dadme las almas luchadoras. Váyense los histriones con sus cantos, vengan los gladiadores, los grandes gladiadores de la libertad, los que saben morir cara al tirano ; los que al pasar gritan al César : ¡ *Salve César !* pero el ¡ *Salve César !* de Espartaco !...

¡ Dadme á Dante tétrico ; á Juvenal implacable ; á Hugo inexorable ; á Courrier lógico ; á Volfred violento ; á Camilo ático ; á Mirabeau rugidor. Dadme á Montalvo el soberbio !...

Era excelso entre los excelsos.

Ocupaba la cima de los grandes espíritus. Confinaba por un lado con los genios y por el otro con las multitudes. Era clásico como Desmoullins y rudo como Marat. Era austero y tumultuoso ; precedía é insultaba ; todo en él era olímpico : el dicterio y el canto.

Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina.

Era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos. Su anatema mataba.

No escribía sino esculpía. Los tiranos inmortalizados por su pluma son bajos-relieves grotescos



y sombríos, allí en el frontis de la Historia. No viven por ellos sino por él. Así levantan las águilas á las serpientes en el pico y en las garras.

García Moreno, Urbina, Veintemilla, allí están escupidos, y esculpidos por él. Su saliva inmortaliza.

Esa es la gloria de ellos, haber sido tocados por el extremo de aquella pluma de fuego, que como el hierro rojo quema y alumbra.

Proscrito, perseguido, asechado; escapando aquí del patíbulo, allí del puñal, más allá del veneno, fué este insurrecto sublime de playa en playa y de pueblo en pueblo, bajo el fardo de sus tristezas, con la corona de sus dolores, estremeciendo el horizonte con sus gritos de Titán.

Para Montalvo no hubo calma.

Eterno mar siempre en cólera arrojando su espuma contra el escollo y lanzando sus olas tumultuosas y soberbias á la playa. La tempestad era el rumor de su genio.

No se calmó sino con la muerte.

Solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como una águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló.... No la inclinó sino ante la muerte!

En París, entre los ruidos de la civilización y del placer, murió el sabio austero, consumido por el fuego del amor á la Libertad y á la Justicia.

Insultado, perseguido, calumniado cayó el apóstol.

Prometeo rompió la cadena.... El buitre hosco tendió las negras alas harto de picotear al Titán, atravesó el Atlántico y plegó el vuelo en las espesas selvas americanas.

Allí esperó la vuelta del proscrito muerto.

Ya no podía picotearle el vientre, pero anhelaba picotear sus huesos.

Un día se vió un buque aparecer en el horizonte....

Oscura nube de buitres tendió el vuelo, y graznaban y se cernían sobre el navío y aleteaban furiosos. Eran los sacerdotes del Ecuador que salían á cerrar la entrada á la gloria del Ecuador.

Era que volvían á la patria los huesos de Montalvo y los buitres del catolicismo salieron á su encuentro.

Los apóstoles de la mentira no han perdonado al apóstol de la verdad.

Allá en Guayaquil, en tumba humilde, reposan los restos del ecuatoriano más grande y del escritor más ilustre de la América latina....

Murió él y murió la protesta.

La América latina languidece con plétora de poetas, cortesanos y aduladores.

¿ En dónde están los herederos de Montalvo ?

¿ En dónde están las almas combatientes ?

La libertad perseguida, buscando héroes y mártires, puede ser descrita como la Roma decadente del poeta :

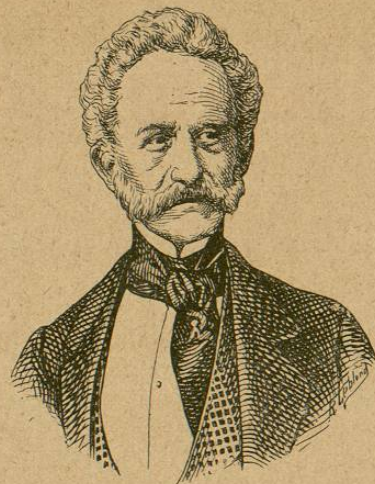


Corrió al foro llamando á sus legiones,  
dispersas y distantes,  
y sólo respondieron los histriones  
mezclados al tropel de las bacantes.

¡ Oh época menguada y triste, tú pasarás !  
No es eterna la noche en el horizonte, ni en los  
pueblos.

Un día manos poderosas alzarán el escudo de  
Montalvo, caído sobre su tumba.

La estatua del apóstol levantada allá en Quito,  
cerca á las nieves perpetuas, iluminada por las  
llamas del Pichincha, anunciará al mundo que la  
Libertad ha escalado los Andes, y que la sombra  
cariñosa y austera de Montalvo vela por ella en su  
supremo aislamiento y en la olímpica serenidad de  
su grandeza...



TOMÁS CIPRIANO DE MOSQUERA

Había en torno al Congreso uno como inmenso  
rumor de marejada....

Eran días de pruebas decisivas y de supremos  
combates parlamentarios.

La agonía de un gran partido comenzaba.

La libertad tenía palideces vespertinas y el astro  
de la traición, como una mancha de sangre, empe-  
zaba á levantarse rojo en el lejano Oriente....

Judas meditaba á la sombra.



Bruto, el pálido Bruto estrechaba convulsivo el puñal bajo la toga.

Era el Génesis de la Regeneración. Núñez se esbozaba en el tormentoso horizonte de la política.

El Congreso de 1875 era decisivo. En él hacía el liberalismo sorprendido sus primeros esfuerzos contra la inmensa ola que la perfidia desataba.

En el Senado el combate era agresivo y recio. Los traidores principiaban el asalto á las murallas.

El Dr. Núñez, su jefe, estaba allí; pero inhábil para la tribuna, era el pájaro mudo de la Regeneración. No hablaba, balbuceaba.

José María Samper llevaba el estandarte de la reacción. Alma más voluble que culpable, espíritu honrado, pero violento, soberbio, ligero, empezaba á intoxicarse de los espantosos odios, los implacables odios conservadores, y los arrojaba á sus enemigos en sus frases temibles, como una bomba explosiva.

La reacción rugía por sus pulmones potentes y concentraba en su acento toda la hiel, los hoscos anatemas, los bárbaros gemidos de los ultramontanos, que empezaban á salir de sus guaridas hambrientos de honores y de poder. Era el verbo rugidor de la venganza. Tenía en su palabra la insolencia soberbia de todos los desertores, la que inspiró la pompa de Agustín y el arrebató salvaje de

San Pablo. Era, á pesar de su grande alma, el paladín de los apóstatas, la voz del fratricidio, la mandíbula de asno en las manos de Caín.

Fuí á ver una de aquellas sesiones.

¿Qué me llevaba allí á mí, inocente de la política y del mundo? ¿Iba llevado solo por mi infantil curiosidad? No. Me llevaba como fascinado el rumor de un nombre; nombre que en mi criterio de niño se mezclaba á las narraciones épicas de los heroísmos de mi padre; nombre que mi madre, triste y dulcemente, había murmurado en mis oídos como mezclado á lúgubres tragedias y á épicas leyendas.... Era Mosquera.

El anciano había llegado. ¿De dónde? Del destierro....

Nada decía á mis oídos esa palabra, país muy remoto que no pensaba atravesar jamás.

¡Oh! qué Augusta se habría mostrado á mis ojos esa cabeza, si hubiese sabido entonces lo que son esas tristezas profundas, esos dolores sombríos, esas horas sin ventura, esas noches sin sueño, esas nostalgias bravías, esas lágrimas que queman cuando brotan de los ojos fijos en los horizontes lejanos donde cree verse la proyección querida de las playas de la patria...

Y fuí y lo ví.

Me parece que aun contemplo aquella cabeza soberbia, cubierta por una como melena de león encanecido, irguiéndose más poderosa y más ame-



nazante bajo la lluvia de dictérios que Samper le lanzaba.

Cuando se puso de pie para responder, hubo un estremecimiento en la multitud, como si el espíritu de sesenta años de gloria pasaran sobre ella....

Aquella voz que había hecho temblar, temblaba ya por la edad y la soberbia. Esa voz que se había oído del uno al otro extremo del país, trágica y grande, no alcanzaba á llenar el estrecho recinto de la Cámara.

Aquel anciano octogenario, hablando así desde las puertas de la tumba, parecía una de esas figuras caprichosas y gigantescas, prontas á desaparecer y que las nubes bordan en Occidente momentos antes de ocultarse el sol....

¿Qué dijo? Yo no lo sé; pero debió decir cosas bellísimas, porque los aplausos se sucedían á los aplausos, y como los estampidos de un cañón, la voz de la multitud ahogaba la débil voz del héroe decadente.

Después.... lo ví atravesar el salón y perderse entre la multitud, descubierta y silenciosa.

No volví á verlo.

Así pasó á mis ojos y desapareció para siempre el hombre más notable en los últimos cincuenta años de historia colombiana.

Era un alma de César.

Todo en él era grandioso : el valor y la ambi-

ción, el talento y la audacia. Era hecho para las grandes empresas : la guerra, la conquista y el poder.

Noctámbulo extraviado, resurrección de extraños tiempos, pasó soñando con su corona perdida y su púrpura cesárea.

Hombre superior, en toda la extensión de la palabra, sus pasiones fueron tempestuosas y sombrías; tuvo de César y de Nerón, de la epopeya y la tragedia... La libertad se detiene ante él, vacilando entre coronarlo ó condenarlo.

Tenía el corazón negro y cruel de un conservador, y el cerebro amplio, luminoso, noble, de un liberal. Tan extraña dualidad hizo su fuerza.

No era uno de estos generales llenos de sensiblerías femeniles que se sienten tocados de los nervios cuando la justicia los llama á cumplir uno de sus grandes y trágicos deberes. Había nacido para el mando.

Tenía todo lo que concurre á hacer grande á un hombre : el talento, la ciencia, el valor. Tenía el amor de la patria, de la gloria y del progreso ; pero para su desgracia, amaba más que todo eso el poder.

Como magistrado, como guerrero y como escritor fué grande.

Colombia siente todavía el impulso de su mano poderosa de estadista. Como guerrero, conservador venció á los liberales, liberal venció á los conser-



vadores, y colombiano, llevó sus huestes victoriosas más allá de las lindes de la patria. Como escritor, sus obras son estimadas entre los letrados y los sabios.

Pero amaba la autoridad con amor desaforado. La amaba para las demás y para él. Así, se le vió entre los incondicionales del general Bolívar caer defendiendo la dictadura. Y, años después, caer como dictador hosco y soberbio.

El proceso de selección de sus ideas se hizo en él ayudado por la ambición de sus miras. Creyéndose superior á los partidos, habituado á dominar á los conservadores, creyó poder dominar al liberalismo, entonces fuerte y viril, y cayó bajo el peso de su audacia.

Era un temperamento de déspota.

¿Qué le debe, pues, la libertad?

Le debe el servicio de su espada al gran pensamiento de la Federación; la organización de la Hacienda nacional; la separación de la Iglesia y el Estado; la expulsión de los Jesuítas; la excomunión de frailes y monjas; la secularización de los bienes de manos muertas; el establecimiento de la navegación por vapor; las primeras vías férreas del país y los primeros resplandores del progreso.

Ejercía el poder por cuarta vez....

Un día, desvanecido por su gloria osó creerse superior á su patria y, desde la cima de su orgullo,

dijo al país : *no hay más ley que mi espada.*

Anciano criminal, había de caer bajo el peso de esa frase.

Á este grito del 29 de Abril respondió el país con el drama del 23 de Mayo.

El dictador fué sorprendido en su palacio, amarrado, aprisionado y conducido á las barras del Congreso. Juzgado allí, fué sentenciado, arrebatadas fueron de su pecho las insignias, arrancados sus títulos, rota su espada y, entre una escolta de veinticinco soldados, marchó al destierro el viejo soñador que había osado herir lo que los colombianos amaban entonces más : la libertad.

El pueblo del 25 de Setiembre había vuelto á ponerse de pie el 23 de Mayo.

Después.... se durmió para siempre....